

La lentitud del silencio

Vari

El ruido del tránsito me despierta antes de que salga el sol, pero espero hasta que la luz se derrame desde la ventana para levantarme. Camino hasta la habitación de Ernesto y me siento afuera, como todos los días, esperando a que suene su despertador.

—Buenos días, Nina —me saluda después de detener el pitido y sentarse en la cama. Me incorporo y le sonrío— Ni siquiera el frío te ralentiza, ¿eh? Siempre muy motivada.

—Tú me enseñaste a ser así —ríe levemente y se levanta a darme una palmadita cariñosa en la cabeza.

Se acerca a la ventana y abre las cortinas, como todas las mañanas, primero la de la derecha y luego la izquierda. Nos detenemos a observar el Quillay del jardín, con hojas tan verdes que hacen olvidar que ha llegado el invierno.

Después de unos minutos, se dirige a la cocina y lo sigo. Comienza a calentar el pan sobre el tostador y pone agua en el hervidor.

—¿Cómo dormiste?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, pero creo que pondré otra frazada en mi cama. ¿Tú tuviste frío anoche?

—No. Estuve bien con las mantas que tengo.

Me sirve un plato con el desayuno y comemos en silencio. Al terminar, nos preparamos para salir, tomo mi chaqueta y Ernesto me ayuda a ponérmela.

Recorremos nuestro camino de todos los días, pero además hoy nos toca hacer senderismo. Es nuestra actividad favorita con Ernesto, todos los días caminamos y nos preparamos para poder avanzar pendiente arriba. Nuestro sueño es subir el cerro Chirihue. Por eso, hace años, establecimos la rutina para ser mejores y estar listos para llegar a la cumbre.

Ernesto me contó que cuando era más joven siempre hacía senderismo con sus hijos, pero después lo dejó por mucho tiempo. Ahora que yo lo puedo

acompañar ha retomado el hábito, a pesar de tener varios años y un dolor intermitente en la rodilla. Cada vez nos cansamos menos y llegamos más alto. No puedo esperar a estar lista para subir el Chirihue.

En el camino de regreso pasamos por el quiosco y Ernesto compra el periódico, como todos los días.

—Cada día está más grande tu niña —dice el señor.

—Cada día más ágil también.

—¿Siguen subiendo el cerro juntos?

—Estamos preparándonos para subir el cerro Chirihue algún día —le respondo.

—Parece hasta más motivada que tú, Ernesto.

Él simplemente ríe mientras nos alejamos hacia la plaza. Nos sentamos un rato y después decido dar una vuelta mientras Ernesto observa el paisaje. Tras volver a casa, se sienta en la mesita del comedor y apoya su sombrero al lado del diario. Mientras lee, yo aprovecho de descansar antes del almuerzo.

Después de comer, Ernesto se para en la puerta hacia el patio y le tira migajas de pan a los pájaros que bajan desde el Quillay. Cuando era pequeña me gustaba perseguirlos. Ernesto los observa por un rato antes de regar el Quillay y los pequeños arbustos cerca de la pared.

Estamos haciendo todo según nuestra rutina cuando repentinamente Ernesto comienza a toser. A veces se resfría en invierno y tose un poco, pero esto es distinto. No se detiene. Ernesto se lleva una mano al pecho e intenta respirar profundamente. Parece mejorar, pero vuelve unos minutos después. El ciclo se repite varias veces, y cuando se interrumpe ya no tengo esperanza de que haya desaparecido por completo.

Creo que le duele el pecho, porque me sirve algo de comer, pero él no cena. Simplemente se toma una pastilla con un té. Estamos en silencio cuando la tos implacable estalla otra vez. Le cuesta respirar, y no sé que hacer, solo puedo apoyarme en su hombro intentando ser reconfortante. Pienso que puede necesitar agua, e intento acercarle el vaso sobre la mesa, pero no lo recibe.

Suena un golpe rítmico en la puerta. La estructura del sonido contrasta con el desorden que ha instaurado la tos en nuestro día. Entre jadeos y carraspeos Ernesto abre la puerta y Elena, la vecina, nos devuelve la mirada con cara preocupada.

—Señor Ernesto, lleva tosiendo toda la tarde, tal vez debería ir a ver un médico. Le pedí un taxi, es mejor que no espere hasta mañana.

—Gracias, Elena, tienes razón —asiente antes de girarse hacia mí—. No te preocupes, Nina. Mañana estaré de vuelta, espero volver con un jarabe que me quite la tos. Tú ve a dormir, tienes que descansar.

Me gustaría poder acompañarlo, pero sé que él prefiere que me quede aquí. Así que intento ordenar mi plato de comida, cuelgo su gorro en la entrada, saco otra frazada y la pongo sobre su cama, cierro las cortinas de su pieza y luego voy a mi cama a intentar dormir.

Cuando el sol me despierta, aún no aparece Ernesto, por lo que retomo nuestra rutina, siempre con una oreja en la puerta, esperando escuchar sus pasos o el tintineo de las llaves que indiquen que ha vuelto. Apago su despertador cuando suena, abro las cortinas, primero la derecha, luego la izquierda y miro el Quillay. Desayuno con poco ánimo, y como no puedo salir a la calle, decido salir al patio. No es muy grande, pero intento caminar igualmente, buscando calmar la preocupación que parece hervir con cada hora que paso sin noticias de Ernesto.

Pongo el sombrero sobre la mesita, y ya que no he podido comprar el diario de hoy busco el de ayer, y lo abro al lado del sombrero, de la misma manera que lo hace Ernesto todos los días. Como, intento alimentar migajas a los pájaros, riego las plantas, ordeno el sombrero y el diario, y cierro las cortinas. Ejecuto cada paso de la rutina dos veces sin Ernesto. Pero la segunda noche no puedo dormir, así que me siento frente a la puerta, esperándolo.

El ruido de pasos me despierta en la mañana, pero sé inmediatamente que no es él. Se abre la puerta y Marta me saluda.

—Nina, ¿cómo estás, chica? —la hija mayor de Ernesto me acaricia la cabeza dulcemente.

—¿Dónde está Ernesto? ¿Está bien? —intento preguntarle, pero es en vano.

—Ya sé, ya sé, debes morir de hambre. Lamento no haber venido antes, pero sabes que vivo fuera de la ciudad. No puedo creer que mis hermanos no hayan recordado venir a verte, con lo mucho que papá te quiere —me deja un plato con comida y otro con agua.

—¿Qué pasó con Ernesto? ¿Por qué no ha vuelto?

—¿Qué pasa? ¿Quieres salir al patio? —no entiendo por qué no responde mis preguntas— Debes morir por salir, estás acostumbrada a caminar todos los días.

—¿Dónde está Ernesto? —comienzo a desesperarme y subo el volumen repentinamente.

—¡Nina! ¡Deja de ladrar! Voy a buscar una correa y te saco a pasear en seguida, ¿sí? No iremos al cerro, eso podrás hacerlo después —Ernesto siempre entiende lo que le quiero decir, pero pareciera que sus hijos no pueden escucharme. Es frustrante, pero al menos dijo que después volveremos a ir al cerro, lo que me alivia un poco, debe estar mejorando— No puedo creer que él diga que eres un perro entrenado cuando te comportas así.

Eso último lo murmura para sí, supongo que así como no presta atención a lo que le digo, también ignora que mi oído es mejor que el suyo.

Salimos a caminar, pero ella no conoce el camino. Intento indicarle cuándo debemos doblar en la esquina para completar el recorrido de todos los días. La única respuesta que obtengo es silencio y un tirón de la correa que me desvía por la ruta que acaba de inventar. No pasamos por el quiosco, no compramos el diario, no paramos en la plaza.

La caminata fue muy corta, distinta a la usual. Siento que estamos defraudando a Ernesto al no seguir la rutina que tanto se esforzó en crear, pero cuando intento protestar Marta pretende no escucharme.

—¿Cuándo va a volver? ¿Sigue donde el médico o ha ido a otra parte?

—Sí, te dejaré comida antes de irme —escucha lo que quiere y eso me frustra, así que decido sentarme en el piso y no entrar a la cocina con ella, eso parece llamar su atención—. Ya sé, debes estar extrañada por todo esto. Papá no

volverá hasta unos días más. Espero... Intentaré venir a pasearte seguido o le diré a mis hermanos que vengan, al menos a dejarte algo de comida.

El desorden de ese día reemplaza la rutina. Ahora es un hábito que yo abra y cierre las cortinas de la pieza, que intente alimentar los pájaros del Quillay aunque no pueda formar migajas y el poco pan que queda esté demasiado duro para poder separarlo con mis patas. No sé cuántas veces he vuelto a salir a caminar con Marta, pero temo olvidar el camino de Ernesto. Temo que no vuelva. Él planeó nuestra rutina para estar preparados para el cerro Chirihue, pero estos días se han enredado todos los pasos. Temo que nunca lo subiremos, que nunca volveré a ver a Ernesto.

Una tarde nublada, finalmente vuelve. Se ve pálido, ojeroso y tiene cara de cansado, pero aún así sonríe.

—Hola, Nina. ¿Cómo estás?

—Te extrañé. ¿Estás mejor ahora?

—Sí, más o menos. Yo también te extrañé.

—Papá, no empieces —nos interrumpe su hijo—. Tienes que hacer reposo, no hablarle a tu perro.

—Es cierto, tengo que hacer reposo, y es hora de que Nina salga a pasear, ¿verdad? —es mentira, nunca salimos después de almorzar. Esta es la hora de alimentar a los pájaros, pero me guiña un ojo, así que le sigo el juego y me acerco moviendo la cola— Sal a caminar con ella, yo dormiré un rato.

Pasan los días y la rutina avanza como un árbol torcido que no sabe hacia dónde está el sol. Chirihue es una idea lejana. A veces Ernesto se levanta y hace algunas cosas como antes: abrimos las cortinas, alimentamos a los pájaros, lee el diario cuando alguno de sus hijos lo compra en el quiosco, pero ya no salimos juntos. Marta generalmente es quién me acompaña a caminar.

La tos de Ernesto no se ha ido. No es tan persistente como ese día, a veces cede por bastante tiempo, otras veces recurre con menos intensidad. Lo que permanece constante, es que el aire pareciera escapársele cada pocos pasos.

Supongo que por eso sus hijos, que generalmente no visitan, han venido más seguido. Quisiera poder ayudarlo, pero no sé cocinar, no sé cuándo tiene que tomar los remedios y tampoco sé cómo contestar el teléfono. Lo único que puedo hacer es seguir con su rutina, al menos en lo posible, con la esperanza de que mejore y podamos seguir preparándonos para el cerro Chirihue.

—Nina, tengo que decirte algo —me llama Ernesto—. Lamento no poder salir a caminar como solíamos hacerlo. Sé que no es lo mismo cuando sales con Marta. Probablemente extrañas subir el cerro también.

Ladeo la cabeza. No me gusta que se disculpe por algo que no puede controlar. Hace una larga pausa antes de continuar.

—Yo... yo no me pondré mejor, Nina. Ya no podré seguir entrenando para nuestras excursiones. Sé que es algo importante para ti, así que estuve hablando con una amiga de Felipe. Sara lleva un tiempo queriendo adoptar un perro, y le encanta subir cerros. En unos días parte al Chirihue, le dije que tienes bastante experiencia en senderismo y está dispuesta a adoptarte —intento protestar pero levanta una mano para detenerme y continúa—. Me dijo que no puede prometer subir el cerro contigo esta vez, que tal vez vayan juntas en unos meses, pero yo sé que estás lista. En el fondo, soy yo quien necesitaba más tiempo. No dejes que este viejo te siga retrasando, menos aún ahora que sé que no podré ir contigo.

Después de días en que el Chirihue se alejó más y más, la idea de poder subirlo abre una esperanza en mi interior. No es en semanas, no es en meses, en unos días tendré la oportunidad de cumplir la meta que hemos tenido por años. Antes de poder terminar de procesar sus palabras, suena la puerta y entra una desconocida.

—Hola, Nina. Soy Sara. Tenemos algunos días para conocernos antes del viaje. Si estás lista, podremos subir juntas —se acerca y me alejo de ella. Ernesto no vendrá con nosotras, no termino de entenderlo, no me gusta la idea—. Oh. Es bastante tímida.

Manteniendo la mayor distancia posible, camino hacia Ernesto y me siento a sus pies. Él no le responde a Sara, sino que me mira fijamente.

—Ve con ella. Cumple tú sueño.

No sé qué decir. Llevamos años hablando de Chirihue. Pero no solo es mi sueño, sino también el de Ernesto. Otras veces se ha sentido mal y ha mejorado con el tiempo, pensé que esto sería como todas esas veces. Aunque desde el principio sentí que algo era distinto, que algo andaba mal.

—No. Quiero subir el cerro Chirihue contigo.

—Yo no podré ir, Nina.

—Entonces tampoco quiero ir.

—Sara es buena persona, cuidará bien de ti —hago un ruido débil con la garganta—. No estaré aquí para siempre, lo sabes. Quiero asegurarme de que alguien cuidará de tí cuando eso pase. Si te vas con ella ahora podrán ir al Chirihue, sé lo mucho que quieres llegar a la cumbre.

—No quiero ir si no vas.

—Cuando no esté, igualmente tendrás que vivir con Sara. Marta no te sacará a pasear por siempre...

—Entonces iré con Sara cuando tú no estés.

A veces pienso que Ernesto, al igual que todos los otros humanos, no me entiende realmente. Pero en momentos como este, en que me mira, asiente y se dirige a Sara, sé que sabe lo que quise decir.

—Tal vez deberías venir por ella después. Creo que me hará falta su presencia si se va ahora. Los últimos años, es la única que me ha hecho compañía realmente...

Me demoré unos días en terminar de entender por qué decidí no ir con Sara, por qué renuncié al sueño del cerro Chirihue.

Creo que no era tanto sobre alcanzar la cima, sino más bien de avanzar hacia algo junto a Ernesto. De acompañarnos.

Ahora nuestra rutina es apenas un fantasma de lo que fue. Ernesto pasa la mayor parte del tiempo acostado, escuchando la radio o durmiendo. Ya no pone el despertador. Cuando duerme hasta tarde ya no abro las cortinas.

Hoy apenas se levantó. Marta le dio de comer en la cama. La luz de la tarde llena el silencio de la habitación cuando susurra.

—Gracias por quedarte, Nina.

No respondo. Apoyo la cabeza sobre su mano inmóvil.

El movimiento de su pecho se vuelve cada vez más lento.

Cierro los ojos. Y me quedo con él hasta el final.